

SOBRE LA PARTIDA DEL PROFESOR JUAN CARLOS PUGLIESE (H)

Por *Marisa Zelaya y Liliana Martignoni*, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires

El fallecimiento de Juan Carlos Pugliese (h) no sólo conmovió a la comunidad de su lugar en el mundo (Tandil), sino también a todos aquellos que más allá de su frontera y desde diferentes espacios educativos, sociales y hasta deportivos, tuvieron la oportunidad de conocerlo.

Un sin número de palabras en su reconocimientos comenzaron a expresarse desde la madrugada del 21 de septiembre del 2020 al conocerse la triste noticia de su partida. Familiares, amigos, colegas, alumnos, allegados y adversarios de la política resaltan el valor de su perfil personal y trayectoria profesional. Nos preguntamos entonces qué otro aspecto resaltar de Juanca –como nos gusta llamarlo aquí- a sabiendas de ser ésta una semblanza sin pretensiones de reflejar un pintura exacta de su persona y abarcar la completud biográfica de su vida; menos aún, lograr un acuerdo absoluto sobre todo ello.

Juanca fue un hombre con mayúsculas que supo estar presente en momentos muy complejos para nuestra sociedad y sus instituciones. Según el prisma desde donde se lo evaluara, como sostiene un amigo en común refiriéndose a los criterios de “pureza” con los que a veces acostumbramos a encasillar a los seres humanos, no faltaron apreciaciones tales como: “su excesivo perfil político para la academia” o “su excesivo perfil académico para la política”. Sin embargo para muchos, entre quienes nos encontramos, este hacedor reformista supo conjugar la política y la academia con un sello particular; esto es, poniéndola al servicio del bien común, más allá de los estándares de cada uno de esos dos mundos.

Desde muy joven en el ejercicio de su profesión como abogado y posteriormente como Rector de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (1984-1992), enfrentó con fuerte protagonismo la salida de la dictadura y la lucha por el retorno y consolidación de la democracia que involucró –entre otras tantas causas- los ideales del Congreso Pedagógico Nacional de los años 80. A esas luchas, y con el paso del tiempo, sobrevinieron otras que contribuyeron al campo de conocimiento de la educación superior desde el Consejo Interuniversitario Nacional (1987), la Subsecretaría de Gestión Universitaria (1987-1989), la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (1996-2002), la Secretaría de Políticas Universitarias (2002-2005) del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación, la Subsecretaría de Formación de las Fuerzas Federales de Seguridad del Ministerio de Seguridad de la Nación (2015-2019) hasta el ejercicio como docente en la cátedra de Política Educativa de la Facultad de Ciencias Humanas (UNICEN) de la que se jubilara durante el año 2017. Ello, entre tantos otros espacios, creaciones y objetivos con los que se comprometió como la Universidad Nacional del Noroeste de la Provincia de Buenos Aires (UNNOBA), el Instituto Universitario River Plate cuya biblioteca lleva su nombre; y más recientemente con escritos que intentaban aportar a la definición de principios para la generación de una nueva Ley de Educación Superior.

Nutrido del sentido más profundo que le inspiraba la educación pública, sus experiencias y vínculos en diferentes universidades nacionales, pero también latinoamericanas y del viejo mundo fueron compartidas desinteresadamente en diferentes espacios institucionales con -y más allá de- la

educación superior; involucrando colegas sin distinción de banderías partidarias.

En contextos de fuertes confrontaciones en la política y en la academia desde donde construyó importantes consensos, también supo atravesar con una dignidad y humildad poco usual en estos tiempos, fuertes resistencias y disensos. Ganando y perdiendo pequeñas o grandes batallas, sin claudicar por ello a sus principios, nunca dejó de utilizar la misma herramienta una y otra vez: el diálogo respetuoso para promover acuerdos; mostrándose abierto a la posibilidad de revisar su posición en pos de refortalecer y/o consolidar las políticas y prácticas democráticas en los espacios por los que le tocó transitar.

No hay palabras para definir lo que implica esta pérdida desde lo personal e institucional. No hay palabras para despedir al colega, al profesor, al político, al vecino ciudadano. Pero por sobre todo, no hay palabras para despedir *al amigo* generoso, humilde, noble, sencillo y honesto cuyo gran legado no reside sólo en la enormidad de su obra, sino en los vínculos que durante su extensa y rica trayectoria logró construir: múltiples gestos de dolor, estima y amor florecen hoy en el espacio público.